# EL «CALLEJÓN DEL GATO» CAPITALISTA: DISPUTAS FRENTE AL PODER CORPORATIVO EN LA NUEVA NORMALIDAD

**Gonzalo Fernández Ortiz de Zárate**
*Observatorio de Multinacionales en América Latina (Paz con Dignidad-OMAL)*

La *vieja normalidad* consistía en un modelo de sociedad global pergeñado en torno a un capitalismo en crisis sistémica, incapaz tanto de responder a su necesidad natural de acumulación y crecimiento incesante, como a la pretensión de hacerlo en un contexto de colapso ecológico. Una quimera en cuyo empeño la vida se precarizaba y tornaba insostenible, las desigualdades aumentaban, los mínimos democráticos se desmantelaban y las tensiones geopolíticas se acrecentaban. Una normalidad, en definitiva, muy vulnerable, sostenida únicamente sobre los pies de barro de una economía financiarizada, así como del supuesto horizonte de promisión de la cuarta revolución industrial.

La *nueva normalidad* vendría a ser como la vieja, pero en realidad aumentada y deformada. Una versión más grotesca de un capitalismo obligado por el coronavirus a transitar a través de los espejos cóncavos del «callejón del gato», siguiendo la metáfora que Valle-Inclán convirtió en imagen del esperpento en *Luces de Bohemia.* De este modo, el estallido pandémico —de impacto incierto pero profundo en cualquier caso— estaría actuando como un «*gran acelerador*» de las mismas contradicciones que aquejaban a la vieja normalidad, alterando en consecuencia las reglas globales de juego.

Asistimos así a un momento de reconfiguración de roles y aceleración de tendencias preexistentes para, en el marco de notables seísmos, mantener posiciones y adaptarse a un escenario crecientemente convulso. En esta lógica de que todo cambie para que nada cambie, éstas parecen ser las claves exacerbadas por la nueva normalidad: disputas geopolíticas en escalada; deudas incontroladas; procesos de centralización de capitales; transformaciones en los liderazgos corporativos; propuestas de revisión del papel del estado; redefiniciones de los trabajos y de sus condiciones; gestión securitaria de las emergencias sociales; militarización de territorios; y, finalmente, la necropolítica como dilución de *facto* del marco internacional de los derechos humanos.

En conclusión, mutaciones significativas mediante las cuales las élites globales —comandadas por las empresas transnacionales— pretenden sostener su hegemonía en una nueva normalidad en gestación, marcada muy probablemente por una sucesión de estallidos financieros, ecológicos y sociales, sin descartar los de carácter epidémico. De esta manera, las multinacionales, pese a la recesión en ciernes, a la vulnerabilidad mostrada por las cadenas globales de valor de las que se nutren, a la fragilidad de sus balances, fruto del endeudamiento, y a la crisis manifiesta de sectores corporativos clave, aspiran a incrementar su poder global, haciendo valer para ello su fuerza y dinamismo. Partirían en este sentido de una posición privilegiada para ofrecer respuestas a un mundo que el covid-19 parece empujar definitivamente hacia la digitalización y la automatización, la transición energética, la redefinición del mundo laboral y la gestión securitaria de una escalada de conflictos.

Así, dentro de la maraña de quiebras y adquisiciones que se avecinan (la «destrucción creativa» de la que hablaba Schumpeter), estaría tomando cuerpo una alianza previamente en ciernes que, bajo el liderazgo de las corporaciones *big tech* (Morozov, 2018), aglutina a las finanzas, al complejo industrial-militar y al capitalismo verde. Este sería el *ave fénix* del capitalismo del siglo XXI, el sujeto corporativo renovado y ultra-centralizado, empeñado en imponer la mercantilización y corporativización definitiva de la vida como respuesta a la crisis actual. Aunque todavía no habría hecho realidad ni de lejos su pretensión de generar, de la mano de la cuarta revolución industrial, una onda expansiva de productividad generalizada, inversión y crecimiento, sí que estaría en todo caso en capacidad de navegar la complejidad de un capitalismo estancado, partiendo de su control sobre aspectos tan estratégicos hoy en día como los datos, los bienes naturales, las fuentes de financiación y la maquinaria securitaria.

Si esta *nueva normalidad corporativa* se impusiera, el horizonte de los pueblos del planeta, de las mayorías sociales y de la clase trabajadora sería funesto. Los mercados y el poder corporativo no son la solución, sino la génesis de la contradicción sin solución entre crecimiento capitalista, por un lado, y sostenibilidad e igualdad, por el otro, por lo que nos conducirían a una distopía autoritaria y de mayores asimetrías. No obstante, la partida no ha hecho sino comenzar. Al mismo tiempo que el poder corporativo hace gala de su vigor, también cada vez son más evidentes sus grietas. Sobre éstas debemos construir una *nueva normalidad emancipadora*, que lo confronte desde la defensa del bien común y la reproducción ampliada de la vida.

El presente artículo ofrece precisamente una serie de hitos sobre los que centrar esta disputa, partiendo previamente del análisis de las principales tendencias que trata de imponer el poder corporativo, cuyo desmantelamiento es estratégico y urgente.

## Mutaciones de la *nueva normalidad corporativa*

Ver con claridad en los espejos cóncavos del callejón del gato no es una tarea sencilla. Pese a ello, nos aventuramos a destacar cuatro tendencias que parecieran dar forma a esta normalidad corporativa en progreso.

La primera hace referencia a la *destrucción creativa* en el seno del poder corporativo. La intensidad de la crisis hace que llueva sobre mojado, provocando significativas reestructuraciones empresariales en forma de crisis sectoriales, quiebras, cierres y procesos de centralización.

De este modo, parte importante de las grandes empresas venía sosteniéndose en la vieja normalidad sobre la base de la respiración asistida aplicada por sus respectivos bancos centrales. Éstos les dotaban de enormes inyecciones de liquidez a través de las políticas de «expansión cuantitativa» —en un evidente ejercicio de socialización de pérdidas—, cuya relevancia se ha intensificado desde el comienzo de la pandemia (Toussaint, 2020). En este sentido la compra pública de deuda privada, la recompra empresarial de acciones y valores, así como el chorro de dinero abundante y barato para maquillar balances y sostener el *business as usual,* han sido marcas de la casa del capitalismo de la última década, hoy llevadas al paroxismo.

No obstante, ni siquiera estas medidas han podido frenar el embate de la pandemia. Su afectación se torna más evidente en sectores directamente castigados por el impacto del Covid-19, algunos de ellos buques insignia del capitalismo del siglo XX: automoción, aeronáutica, construcción, turismo y energías fósiles. Es en éstos donde especialmente se constatan quiebras —entre otras, la empresa estadounidense de *fracking* Chesapeake— y abundan los cierres, despidos y fórmulas de regulación del empleo —con el caso de Nissan en Catalunya—. No obstante, este fenómeno no es exclusivo de estas industrias. Otros factores, como la *ultra-financiarización* generalizada, el agotamiento de los modelos de acumulación y la contracción económica global tienen un reflejo incuestionable en el conjunto de agentes económicos, proyectando a futuro un escenario tumultuoso (Ramiro y González, 2020).

Precisamente en ese río revuelto, los agentes corporativos con mayores capacidades (fundamentalmente, grandes fondos de inversión, como Blackrock o Vanguard Group, entre otros) aprovechan su posición privilegiada para apropiarse de mercados y empresas en condiciones muy favorables, ahondando exponencialmente en las históricas tendencias del capitalismo a la concentración y la centralización del capital. El peso específico de Blackstone en el sector inmobiliario español o la participación de Blackrock en todas y cada una de las corporaciones del Ibex 35, son solo un botón de muestra de esta nueva realidad ultra-centralizada (Elorduy, 2020). Tal es así, que incluso diferentes países europeos han impuesto mayores controles a la inversión extranjera directa, ante la avidez de multinacionales estadounidenses y chinas por controlar empresas estratégicas en crisis.

Asistimos en definitiva al inicio de una fase turbulenta, en la que las placas tectónicas del poder corporativo se agitan, concentrándose en pocas manos y alterando los pesos específicos sectoriales, mientras dejan un reguero evidente de desempleo y desinversión.

La segunda tendencia se refiere a la *consolidación de un nuevo sujeto corporativo,* precisamente en ese magma de destrucción creativa. Un *ave fénix* del capitalismo del siglo XXI, conformado por la articulación de las finanzas, las empresas *big tech,* el capitalismo verde y el conglomerado industrial-militar.

Su vínculo proviene de una vieja normalidad donde las finanzas, santo y seña del capitalismo actual, ofrecían la argamasa necesaria a través de inversiones

estratégicas en megaempresas digitales (con mayores expectativas de ganancia, al controlar los parámetros básicos de la nueva economía), corporaciones energéticas (en base a recursos tanto fósiles como renovables, en un escenario de avanzado agotamiento de los primeros) e industrias de la guerra (siempre rentables en un mundo en conflicto, contando además con un permanente apoyo público).

La pandemia no habría sino incrementado exponencialmente la relevancia global de esta alianza, bajo el liderazgo de las empresas tecnológicas y el sostén económico de las finanzas. Si en 2019 se invirtieron en las primeras 800.000 millones USD (Robinson, 2020), la cifra actual se incrementaría en un momento crítico, en el que las *big tech,* fundamentalmente estadounidenses y chinas, han *ensanchado su frontera,* mostrando una especial capacidad de adaptación, desde la perspectiva de las élites, a un mundo semi-confinado y en creciente conflicto.

En este sentido, han avanzado en el control de los mercados a través de sus inmensas plataformas; gestionan sin oposición alguna los datos y sus servicios derivados, materia prima actualmente clave; proyectan un salto cualitativo en la digitalización y automatización de la economía —con un fuerte impacto en términos de pérdida de empleos y aumento del consumo de energía—; y cuentan con capacidad de respuesta eficaz a las demandas de vigilancia laboral y control social que se acrecientan, de la mano del conglomerado industrial-militar.

La fotografía del *ave fénix* se completa con las empresas ligadas a un capitalismo verde que apuesta, ya sí sin ambages, por las energías renovables, tras la constatación del devenir errático de los precios de petróleo —muestra de ello, los precios negativos alcanzados el pasado 20 de abril—, augurando su agotamiento en los próximos lustros. Su función consiste, de este modo, en la quimera de dotar de una base física suficiente a la estructura económica post-energía fósil, sin alterar en lo más mínimo el modelo depredador de producción y consumo. Quimera en la que se reproducen las señas de identidad de un capitalismo actual marcado por el liderazgo de las grandes corporaciones —Blackrock se convierte de repente en nuevo gurú de la sostenibilidad, al ver posibilidad de negocio masivo—, así como por los megaproyectos como herramienta principal, fuente sistemática de funestos impactos en términos de desposesión, despojo, corrupción, violencia y militarización de territorios (Fernández, 2020).

Esta nueva *ave fénix*, pese al contexto de crisis en el que trata de alzar el vuelo, trata de legitimarse bajo un relato cool, una especie de *capitalismo guay* (Moreno, 2020) en el que lo financiero-militar se diluye, mientras el imaginario de sostenibilidad, inmaterialidad y conectividad del combo verde-digital se exacerba, ocultando las estrechas relaciones que unen al *ave fénix* como un todo. El mismo se proyecta a través del impulso persistente de una responsabilidad social corporativa que promete horizontes *win-win* para el conjunto de la sociedad a través de la acción voluntaria de las multinacionales. En la práctica, no obstante, no sería sino un maquillaje ambientalista y modernizante que trata de evitar toda regulación pública, mientras implementa una verdadera distopía mercantilizada, corporativizada y autoritaria.

Siguiendo con nuestra secuencia, la tercera tendencia hace referencia al *escenario de escalada de conflictos sociales y geopolíticos* en el que se desarrollará tanto la destrucción creativa como el intento de consolidación del *ave fénix* corporativo. De este modo, en un capitalismo estancado la tarta del crecimiento ya no da para todos y todas. Ni para los diferentes capitales, ni mucho menos para las mayorías sociales. Por tanto, la lucha por apropiarse del mayor trozo posible de la misma se acrecienta.

Así, por un lado, se agudiza el conflicto entre capital y vida, en un contexto en el que se diluye la quimera del empleo como premisa del bienestar; se ensayan nuevas fórmulas laborales exentas de derechos y responsabilidades empresariales; se ahonda en la precarización de la reproducción social; se criminaliza y persigue el activismo socio-político; se expulsa y despoja a comunidades de sus territorios vía cambio climático y megaproyectos; y, como corolario, se fomentan relatos clasistas, heteropatriarcales y coloniales como marco legitimador del conjunto. Es en esta clave como se entiende un ciclo de luchas que no para desde 2008, pero que con seguridad vivirá una espiral ascendente.

Por el otro, la guerra económica entre bloques regionales —bajo la alianza público-corporativa de estructuras supraestatales, estados y «sus empresas»— se recrudece. Destaca sobremanera la agudización del conflicto entre Estados Unidos y China por la hegemonía mundial. El país norteamericano cuenta en su haber con su indiscutible primacía financiero-monetaria y diplomático-militar, tratando a partir de ésta de forzar alianzas en su favor, desde una agenda ultraliberal y reaccionaria. No obstante,

está sufriendo con crudeza los impactos de la pandemia, con consecuencias imprevisibles en un proceso ya estructural de pérdida de peso específico. Por su parte, China representaría hoy cierto neo-keynesianismo más universalista (López y Martínez, 2020), en base a un relato de intervención estatal e inversión pública generalizada, ejemplificado a escala internacional en el megaproyecto de la ruta de la seda. Contaría en su favor con ventajas en aspectos estratégicos de la economía digital —la tecnología 5G— y del capitalismo verde —automóvil eléctrico, energía eólica y solar, etc.—, así como una red creciente de alianzas, fundamentalmente en Asia, América Latina y África. En su debe, cuenta con un menor desempeño diplomático y militar, a lo que hay que sumar el rechazo a sus fórmulas políticas de carácter autoritario.

Europa, por su parte, asiste a este conflicto como convidada de piedra, en base a una estructura regional frágil, un crecimiento exiguo, un retraso considerable en la carrera digital y una dependencia exterior de recursos materiales y energéticos. Su apuesta en estos momentos pasa por la firma compulsiva de tratados comerciales —para fortalecer vínculos con países de mayor crecimiento y bienes naturales— y por el desarrollo de un *nuevo pacto verde,* intento desesperado por subirse al carro del *ave fénix* corporativo a través de lo ambiental, donde también parte con retraso. Finalmente, tanto África como América Latina sufren con dureza los embates de la pandemia, en un contexto de grave agudización de sus problemas de deuda, augurio por tanto de enconamiento en su posición periférica y de notables malestares sociales (Herranz, 2020).

El desenlace de estos conflictos sociales y geopolíticos nadie lo conoce. Dependerá de la capacidad de los proyectos emancipadores para sumar fuerzas populares frente a la agenda corporativa, en el primero de los casos, y del control y gestión del *ave fénix* corporativo, en el segundo. No obstante, se avecina un horizonte de confrontación, de relaciones internacionales crispadas y estallidos populares recurrentes, ante los cuales no son descartables nuevas salidas autoritarias y militaristas.

Por último, la cuarta tendencia que definiría esta nueva normalidad sería la definitiva *captura corporativa del Estado.* En la vieja normalidad, se pergeñaba una gobernanza global en favor de las empresas transnacionales, a través de una arquitectura multilateral y de una *constitución corporativa de facto* a escala planetaria, en la que los tratados de comercio e inversión jugaban un papel protagónico (Fernández, 2018). En este modelo, los estados veían amputadas algunas de sus capacidades, pero mantenían roles significativos, tanto en el apoyo empresarial (generación de entornos competitivos, alianza integral con «sus empresas») como en la gestión securitaria de la sociedad. Una acepción de estado mínimo que, a su vez, desarrollaba marcos idóneos para las multinacionales en clave de alianza público-corporativa.

Hoy en día, una vez la pandemia ha evidenciado tanto la profundidad de la crisis como la vulnerabilidad de la economía internacionalizada, los marcos estatales cobran especial protagonismo. Pasarían así de una posición periférica y meramente complementaria en la vieja normalidad —aderezada además con un relato de ineficacia e ineficiencia sobre lo público—, a convertirse en un agente estratégico para que el *ave fénix* corporativo alce el vuelo en la nueva.

En este sentido, su rol previo se mantiene vigente, ya que siguen siendo necesarios estados que generen entornos competitivos —desmantelando, por ejemplo, los mínimos avances en legislación ambiental—, garanticen el control social e impulsen la necropolítica frente a la vigencia de los derechos humanos. Pero ahora añade también tareas estratégicas en el ámbito de la economía, interviniendo directamente en ésta —lejos por tanto del modelo de estado mínimo—, en un triple sentido: en primer lugar, desarrollando una política activa de inversión pública, tal y como se ejemplifica en las «nacionalizaciones» de empresas estratégicas (sector aeronáutico, entre muchos otros); en segundo término, garantizando el consumo frente a la precarización generalizada de la vida y la pérdida de vigencia del empleo, a través de la compra pública y de diferentes fórmulas de ingreso mínimo vital y/o renta básica —como incluso el FMI viene defendiendo—, como contrapartida al desmantelamiento de los servicios públicos; y tercero, ampliando precisamente la frontera mercantil a ámbitos históricamente públicos (educación, sanidad, seguridad, servicios de todo tipo), que pasarían en la nueva normalidad al control de las mega-corporaciones *big tech,* bajo nuevas fórmulas de digitalización e inteligencia artificial.

Se prefigura así una nueva versión de la alianza público-corporativa, donde lo público es un sujeto activo en el desempeño del *ave fénix* del capitalismo del siglo XXI. El sistema de gobernanza global se mantendría vigente —no exento de tensiones—, pese al creciente

cuestionamiento de la globalización. De este modo, la arquitectura corporativa global y regional seguiría jugando un rol fundamental como garante de un modelo de acumulación que sigue desplegándose a escala global, y que así parece que seguirá siendo, al menos hasta que el colapso ecológico no provoque una drástica transformación.

Éstas serían, en definitiva, las señas de identidad de una nueva normalidad corporativa que aumenta y deforma a un capitalismo ya previamente en crisis. Un capitalismo ultra-centralizado, convulso y en conflicto permanente, que nos conduce a marchas aceleradas a un callejón sin salida.

## Corolario: disputas para una normalidad emancipadora

El análisis de los espejos cóncavos del *callejón del gato* capitalista nos ha permitido intuir las apuestas corporativas actuales. La partida, en todo caso, está abierta, y el desenlace de la misma no está escrito. En este sentido, la nueva normalidad está en disputa, y ésta bien pudiera tener también un horizonte emancipador.

Para enfrentar esta tarea partimos de una serie de aprendizajes, acumulados a lo largo de este año 2020, que han permitido hacer más evidentes tanto las grietas del modelo hegemónico como la necesidad de transitar por nuevos rumbos sistémicos. Destacamos en este sentido la relevancia de situar el cuidado de la vida y las necesidades colectivas prioritarias como centro de la economía; la relocalización de ésta como premisa democrática y ecológica, frente a la fragilidad mostrada por las cadenas globales de valor; el carácter estratégico de lo público y lo común como espacios clave para la provisión de bienes y servicios fundamentales, así como para la regulación de los agentes privados; el impulso de sistemas económicos solidarios, más resilientes que el ultra-complejo y vulnerable capitalismo; y la certeza de la insostenibilidad de éste, incluso si la mona se viste de seda (verde, en este caso).

Son estas bases firmes sobre las que construir sentidos comunes y prácticas alternativas, hoy necesariamente antagónicas y confrontativas. Precisamente, en la intersección de éstas con las tendencias que definen la mutación capitalista, planteamos a continuación una serie de *hitos para una agenda emancipadora frente al poder corporativo.* Ésta se estructuraría en dos ámbitos complementarios: uno primero, centrado en el desmantelamiento de la arquitectura institucional en torno al *ave fénix* capitalista; otro segundo, que concreta espacios estratégicos de disputa en términos de desmercantilización y descorporativización.

De este modo, sigue siendo *estratégico poner coto democrático al modelo de gobernanza corporativa global.* Así, y en primer lugar, debemos concentrar esfuerzos en frenar la nueva oleada de tratados comerciales, base sobre la que se construye una constitución mundial *de facto* que blinda los intereses de las multinacionales y privatiza la justicia de la mano de los tribunales de arbitraje. Es muy significativo que durante la pandemia la Unión Europea (UE) ha seguido firmando y actualizando acuerdos (México, Vietnam), a la par que grandes bufetes animaban a las empresas transnacionales a interponer demandas millonarias contra los estados ante dichos tribunales, debido a la disminución de beneficios generada por las medidas adoptadas de confinamiento y control público de sectores. Junto a los tratados, es importante seguir situando el foco político en toda la estructura multilateral y regional nítidamente pro-poder corporativo, como el FMI, la OMC e, incluso, la UE.

En segundo término, *la disputa por el estado se convierte en básica.* Frente a la versión 2.0 de la alianza público-corporativa, es preciso transitar firmemente hacia una alianza antagónica, de carácter público-comunitaria. Solo ésta, partiendo de una profunda redefinición de lo común, permitirá blindar espacios estratégicos a la deriva de la mercantilización capitalista, ensanchando al mismo tiempo el marco para el desarrollo de sistemas políticos y económicos relocalizados, democráticos, ecológicos y justos, en los que las lógicas populares y autónomas se sitúen en el centro.

Por último, el tercer hito en esta apuesta de desmantelamiento de la gobernanza corporativa se centraría en la *regulación de las grandes empresas.* Si en el marco de Naciones Unidas la iniciativa del «tratado vinculante de empresas y derechos humanos» parece hoy en día agonizar, insistamos en otros niveles con mejores perspectivas, siguiendo el ejemplo del centro a tal efecto impulsado en Catalunya.

Pasando al segundo ámbito de disputa, el eje se centra en la transformación profunda de la matriz económica vigente, *en términos de desmercantilización y descorporativización.* Si Karl Polanyi situó la deriva del capitalismo en el abordaje del trabajo, el dinero y la tierra como «mercancías ficticias» (Polanyi, 1944), nuestra agenda actual parte precisamente de esos mismos espacios, a los que sumamos un cuarto: los datos y la inteligencia artificial.

De este modo, y más allá de la implementación de hipotéticas *tasas Google* —medida necesaria pero insuficiente—, es clave avanzar en la propiedad y control público-comunitario de los *datos y de los servicios derivados de éstos,* hoy absolutamente en manos de muy pocas mega-corporaciones. Es de ahí de donde emana el creciente poder del *ave fénix,* la clave de bóveda de su nueva normalidad capitalista. En este sentido, favorecer o mirar para otro lado ante el desarrollo en la digitalización corporativa sería un error catastrófico, que generará evidentes saltos exponenciales en términos de ultra-centralización de poder, gasto energético, vigilancia laboral y control social.

En segundo término, el *trabajo* —en sentido amplio— sigue siendo un espacio estratégico de lucha frente al poder corporativo. Éste aspira a extraer hasta la última gota de plusvalía de un empleo en recesión y cada vez más caracterizado por fórmulas precarizadas, como el teletrabajo, las falsas autónomas e, incluso, ensayos de semi-esclavitud, como el de las empleadas del hogar. Al mismo tiempo, mantiene invisibilizado y recubierto de un tufillo reaccionario y familista el conjunto de trabajos de cuidado realizados en los hogares y en la comunidad. Es muy pertinente revertir esta ofensiva en base a una acción sindical y social confrontativa, en función de una agenda que posicione una acepción de trabajo como elemento de construcción de comunidad; que abogue por su reparto radical, justo, igualitario y democrático; y que finalmente nos desintoxique de la quimera del empleo como premisa del bienestar (Martija, 2020).

Continuando con nuestra secuencia, la *naturaleza* sería el tercer escenario de disputa. Las grandes empresas precisan, en un momento de colapso ecológico, controlar los menguantes recursos energéticos y materiales, así como apropiarse de las energías renovables y del relato verde. Frente a ello, recuperemos las propuestas de nacionalización y re-publificación de este sector estratégico allá donde sea posible, desde el marco público-comunitario antes citado. De igual manera, prioricemos el desmantelamiento de los megaproyectos como espacios clave de resistencia popular y comunitaria, más allá de los cantos de sirena del capitalismo verde.

Por último, las *finanzas* completan nuestro marco de escenarios prioritarios. De este modo, la economía *financiarizada* sigue siendo el sistema de respiración asistida sobre el que se sostienen las multinacionales, mientras abandonan a su suerte a PYMES, economía solidaria, autónomas y trabajadoras. Recuperar en este sentido la vigencia de una banca pública, en colaboración con la banca ética, sería estratégico para permitir el avance económico de sistemas público-comunitarios fuera de la órbita corporativa.

En definitiva, necesitamos un marco político y económico radicalmente diferente al que nos ofrecen los espejos cóncavos del callejón del gato capitalista. Estamos a tiempo de construir una nueva normalidad emancipadora, para lo que necesitamos afinar una agenda inclusiva, amplia y popular, que frene el esperpento que se avecina. ■

## Bibliografía


ELORDUY, Pablo (2020): «Amazon, Blackstone y Blackrock, los grandes beneficiados en la economía tras el Covid-19»: https://www.elsaltodiario.com/crisis-economica/amazon-blackstone-blackrock-crisis-oportunidad-acumulacion-poder-economico

FERNÁNDEZ, Gonzalo (2018): *Mercado o democracia*, Icaria, Barcelona.

— (2020): «El poder corporativo al asalto de los territorios. Claves para la resistencia popular a los megaproyectos», https://territoriolab.org/wp-content/uploads/2020/03/Territorios-en-conflicto-ES.pdf

HERRANZ, Diego (2020): «La gran pandemia reactiva la bomba de la deuda africana», https://www.publico.es/internacional/gran-pandemia-reactiva-bomba-deuda.html

LÓPEZ, Isidro, y MARTÍNEZ, Rubén (2020): «Keynes en Hubei, Trump en el INEM», https://ctxt.es/es/20200501/Firmas/32262/trump-keynes-capitalismo-new-deal-hegemonia-china-covid-19-proteccionismo-isidro-lopez.htm

Martija, Gorka (2020): «Trabajos emancipados frente a la ofensiva capitalista», http://omal.info/IMG/pdf/omal_trabajos_emancipados_heh.pdf

Moreno, José Ángel (2020): «¿Conversión milagrosa de las multinacionales a un capitalismo guay?», https://ctxt.es/es/20200501/Firmas/31297/Jose-Angel-Moreno-Izquierdo-Economistas-sin-Fronteras-responsabilidad-social-empresas-capitalismo-accionistas-davos.htm?fbclid=IwAR1JsyB6vG-0-jlHbq7hQimBqzOHUou78x-fL3DqD3n-MQ9pVhpZmKpFil8

Morozov, Evgeny (2018): *Capitalismo big tech,* Traficantes de Sueños, Madrid.

Polanyi, Karl (1944): *La gran transformación*, Fondo de Cultura Económica, México.

Ramiro, Pedro y González, Erika (2020): «El imposible futuro del milagro español», https://www.elsaltodiario.com/crisis-economica/pedro-ramiro-erika-gonzalez-futuro-milagro-espanol-coronavirus

Robinson, William (2020): «La economía post-covid puede tener más robots, menos puestos de trabajo y vigilancia intensificada», https://www.elsaltodiario.com/crisis-economica/economia-post-covid-mas-robots-menos-puestos-trabajo-vigilancia-intensificada

Toussaint, Eric (2020): «EE. UU., socialismo para el gran capital, capitalismo salvaje para las clases populares», https://blogs.publico.es/dominiopublico/33597/estados-unidos-socialismo-para-el-gran-capital-y-capitalismo-salvaje-para-las-clases-populares/